

creación de la herencia cultural: lenguaje, documentos históricos, artes y ciencias. En la más modesta porción de la realidad mexicana hay una tarea por cumplir. Está señalada de antemano por el avance de la vida instintiva y consiste en salir al encuentro de cada paso de aquella, con una provisión de energía espiritual que trace y edifique para el hombre, librándole de caer en la condición de un hormiguero cómodo y bestial, o quizá incómodo pero también estúpido.

ARMAS Y LETRAS. No. 5. Año III.  
Monterrey, N. L., mayo de 1945.

## UNA FILOSOFIA ADANICA

El historicismo ha venido a formar un solo cuerpo con el pensamiento del hombre occidental, al grado de ser inevitable recurrir a su ayuda para explicar teorías y fenómenos humanos por muy lejanos que sean aparentemente a la zona de su influencia. El pensar histórico se ha movido de instrumento a uso de la interpretación, a la condición de ley y necesidad interna de la realidad y con esto al de expresión de la desesperanza de nuestro tiempo.

Primero como una forma del pensamiento inadvertida para el mismo historiador; sometida luego, como tal forma, a las exigencias del pensamiento físico matemático; y, finalmente, reobrando sobre sus productos para extraer un principio libre, espontáneo y suficiente, más allá de las causas y los efectos parciales, inaccesible al movimiento y moviendo sin embargo a todos los seres; tal es el recorrido de la Historia: arte narrativa, Física y Metafísica de hoy día.

No sería posible en el espacio de este ensayo seguir las variaciones individuales y los pormenores del desarrollo que han conducido a la conciencia europea por un itinerario, feliz hasta hace poco y que ahora se revela como peligro intelectual y estímulo de reflexión. Bastará mostrar las incidencias decisivas, las grandes flexiones de la sensibilidad y su ilustración filosófica, para tener a la vista las piezas de convicción que nos permitirán ensayar un juicio sumario de los hechos y de las ideas que intervienen en el historicismo. ¿Algo más que un pensamiento, acaso un estado de desesperación y de aniquilamiento?

En la antigüedad se practicó la Historia como arte narrativa sin admitir otra variación que la misma del relato, el tiempo exterior necesario para situar el pasado en una perspectiva visible desde el presente. La sensibilidad de la época y la del propio historiador verificaban el pretérito con el candor de quien toma sus ideas como cifras viables para siempre, con las cuales se hace la cuenta definitiva del hombre y del mundo. Un sentimiento de

plenitud y eternidad guió la narración que labró sobrios y austeros bajorrelieves. Grecia y Roma trazaron la historia sin percatarse de que el movimiento circular en torno del espectador es la vuelta de éste sobre sí mismo, proyectada en la traslación exterior de las estrellas.

Es que las ideas tienen una función primaria y original de seguir la variación del tiempo en los imperceptibles cambios de la sensibilidad del espectador, a pasos mansos y silenciosos. Es un proceso de acomodación que no un verdadero movimiento, en cuya virtud se mantiene el equilibrio y la marcha continua del relato con tácito gobierno.

Inocente y paradisiaco destino que, sin embargo, se frustra de varias maneras. No es raro hallar variaciones humanas de la sensibilidad exterior y del sentido íntimo de la vida que sobrevienen sin aviso, de manera que el ajuste ideológico se hace ruidosamente, con violencia y en forma patente. Ciertos hechos, despojados de toda invención se instalan súbitamente en el horizonte humano provocando alrededor una atmósfera de zozobra y hasta de espanto.

Concedemos que algunas veces las ideas, en desquite, se anticiparon a los acontecimientos posteriores y éstos encajan cómodamente en sus resortes; tanto, que el conjunto de unos y otras producen la impresión de un mecanismo de relojería que vacía en moldes precisos el flúido metal del tiempo. Se toma el pulso a la época en la feliz y rítmica ondulación intelectual. Minuto de plenitud que se entiende como una previa compulsión del resorte histórico, seguida de cerca, con el oído atento, por la conciencia intelectual, hasta el punto en que ambas se distienden a marchas paralelas.

Ajustadas a la medida del presente y agotando su impulso con el curso de la corriente histórica; en su función de acumular dispositivos para caer sobre el futuro, en una curva parabólica; en uno y otro caso, la experiencia o la sensibilidad humana que presta a las ideas la dicha o el

infortunio de existir no ejercen una acción visible, perturbadora y por ende inquietante que atraiga una investigación especial sobre sí misma y de aquéllas.

Sólo cuando las creencias establecidas son sorprendidas por una variación interior que conmueve las raíces de la sensibilidad, se llega a advertir su condición de insólita mudanza, de apariencia, mera espuma de la realidad. En esos momentos sobreviene la conciencia de haber caído la tela inocente de los antiguos errores, y cuando aún no se inventan nuevos que cubran la vergüenza del hombre, se manifiesta el comportamiento de las ideas, la celada en la cual recaen cediendo a las tiernas pero implacables insinuaciones de la naturaleza sensible.

La sensibilidad desempeña el trabajo de la variación, pero la continuidad y el progreso de la historia se recobra en la unidad de la conciencia intelectual. En la experiencia íntima de la vida engranan los ensueños místicos, los actos del juicio, la percepción estética y las costumbres. En mérito a ese centro de cambios motores el entendimiento reconoce una filiación, una genealogía al acervo de obras históricas de un tiempo dado, reconstruyendo el perfil concéntrico que deja la onda al repasar el estanque vital. Pero la invención o creación histórica fluye en cada vez a un término más lejano y recóndito. El pensamiento repasa la vereda de la presa fugitiva, mientras la sensibilidad persigue ondulando la misteriosa orla del viento.

El trabajo primordial de la experiencia consiste en iniciar y sostener el movimiento de incorporación, de conquista de un nuevo territorio de invenciones, pero las empresas ideológicas quedan indeterminadas y lo mismo su destino final de éxito o adversidad. Mide la conciencia el campo de su historia al recorrerla, pero no inventa ni decide el futuro.

Así ocurre aunque se trate de las ideas filosóficas sobre la misma Historia. Después de Grecia hubo un momento en que pudo surgir la visión histórica: en la frontera temporal entre el mundo romano-cristiano y la invasión

germánica se produjo un doblez de la sensibilidad, a través de la conciencia de culpa que infundió el sentido cristiano de la vida. La unidad y conexión de los hechos humanos se distribuyeron en impulsos antagónicos: la gracia de un mundo perdido de inocencia al cual se aspiraba profundamente; y los impulsos de señorío y fuerza libre que impulsaron a la selva germánica sobre el área del Imperio. El tacto íntimo de la vida que brotó de esta situación azorante dió la posibilidad de una visión interior, psicológica, de la historia que sólo alcanzó por el momento a San Agustín. En la Ciudad de Dios aplica la idea de la autoconciencia personal al mundo político de los hombres, en una transitiva confesión religiosa.

Hasta el Renacimiento esta nueva luz sobre los acontecimientos mantuvo en secreto su mágica virtud de iluminación. La conciencia intelectual de Occidente, entre tanto, se adhirió a las localidades europeas, sin circulación con el pasado; y donde la Cultura latina llegó a manifestarse de nuevo, en la más alta época de este período, fue por proceso de naturalización; en una especie de paisaje provinciano se vieron frutos de la savia antigua, como si fuesen hijos naturales y silvestres del terruño.

La libertad y fuerza de los pueblos germánicos establecieron, al tiempo de su consolidación en comunidades nacionales, un puente de tránsito con la vida histórica cuando, roturados los estratos del feudalismo, se acudió a las fuentes originales de la experiencia personal. Aunque las playas más cercanas del nuevo continente fueron las inmediatas a las cordilleras de la Física, en cuanto la avidez de los exploradores alcanzó la cimera altitud de la nueva Ciencia, el panorama de la historia se descorrió hacia todos los puntos del horizonte en un círculo ilimitado de problemas.

El sentido inmediato de la percepción del pensamiento en que funda Descartes la filosofía moderna es otra especie del tacto, anticipo del interés histórico, que sustituye a la palpación religiosa de San Agustín. Este sentido ín-

timo de la realidad desembocó, por una bifurcación de su tendencia, en el empirismo psicológico y en el racionalismo del siglo XVIII. Es común en ambos movimientos el propósito de hallar por un camino interior al individuo la clave cifrada de todo el universo.

Un solo intento de construcción paralela a la nueva filosofía —por esta época— lo intentó Vico, quien pretende hallar a la historia una matemática universal dentro de los estados interiores de la conciencia, con su fluidez y fuerza. La “Ciencia Nueva” aspira a constituir una lengua universal de las Naciones en donde se declinen los sustantivos y los verbos históricos. Es algo como lógica de corte estético y religioso.

La primera aplicación feliz del procedimiento mecánico intuitivo, inaugurado por Descartes, a las sociedades humanas, le hizo la Ilustración. Montesquieu y Voltaire inventan la materia histórica: costumbres, espíritu de los pueblos, que permite el tratamiento físico y la construcción de un sujeto propio del juicio en esta materia de conocimiento. “Leyes, dice Montesquieu, son las relaciones naturales y necesarias que se desprenden de la naturaleza de las cosas,” donde el equívoco del vocablo leyes, facilita correr la teoría física al mundo de los acontecimientos humanos. Al pasar la mano niveladora de la perfecta razón por las riberas del pasado se adivinan senos y eminencias, una realidad elástica que manda su latido sordo por las arterias de la historia. La conciencia de perfección intelectual, como siente esta época de sí misma, lleva a los bordes y honduras de la realidad humana.

Sin embargo, el cambio que desveló en toda su amplitud la conciencia histórica, fue el Romanticismo. Más que una corriente literaria es una forma general de la sensibilidad, o mejor dicho, la adquisición consciente de la sensibilidad como forma y ley de la vida. Se destaca visiblemente en los géneros literarios, pero es general a las costumbres y al tiempo, sólo que sumó nueva velocidad la exageración propia de la literatura con lo que ésta dió

la nota de fingimiento y simulación que la gente reconoce en la familia romántica.

Como en el orden literario Rousseau y Goethe, en las ideas filosóficas es Kant el precursor del romanticismo; y aquellos con éste los más eficaces impulsores del frenesí idealista del siglo XIX.

Se dice que el romanticismo se caracteriza por la evasión de la realidad y su residencia en mundos irreales. Mas, para hallar la nota común a Literatura y Filosofía se necesita avanzar la distinción un poco más allá. Lo propio de la manera romántica de sentir está en la percepción consciente de la sensibilidad como frontera que administra el contacto con el exterior y resguarda el profundo ámbito interior de la libertad y el poder.

La disminución de las cosas, venerables entes filosóficos, en un haz de fenómenos que se atan en la unidad de las formas sensibles del espacio y el tiempo, confina a aquéllas a una existencia marginal. Elegante posición de la conciencia intelectual, que no la obliga a decidir la realidad en un sentido necesario y determinado y le permite escoger, por un sistema de símbolos, las reglas convencionales de tratamiento del mundo. Las formas generales de la sensibilidad y las categorías del entendimiento tienen maneras corteses y exquisitas, máscara de un verdadero desdén del pensamiento por la naturaleza.

Lo interesante de estos modales desdeñosos de la existencia son sus repercusiones indirectas en la visión histórica, con la soberanía de la conciencia humana cuyo crecimiento interior aparejaron. Sucede a los esquemas de la sensibilidad de Kant lo que pasa a las iguales y libres voluntades de los hombres en el Contrato Social, que truecan su naturaleza original, sin perderla no obstante, por una voluntad esencialmente buena, general y omnímoda. El imperativo categórico y la "volonté générale" de Rousseau son de idéntica raíz intelectual.

Del significado original de las funciones sensibles, destinadas a impedir la usurpación de la naturaleza al mundo

moral, se pasa a un sentido absolutista de las inspiraciones interiores de la conciencia, hermanas de aquellas que lanzan su impulso revolucionario contra las últimas Bastillas racionalistas.

Ninguna centuria como la del XIX hizo mayor acopio de razón, no obstante que se lleva el epíteto de romántica. A la inversa, sin llegar a paradoja, el racionalismo del siglo anterior fue un tiempo de fina sensibilidad. Se resuelve la aparente contradicción con advertir que los filósofos románticos hicieron este uso, hasta el exceso, al servicio de las inspiraciones sentimentales, con la intención de rescatar a la Naturaleza y a la Ciencia Física la libertad y la voluntad de creación que entre ambas negaban al hombre.

Lo mismo es que se trate de Hegel o Comte. Uno y otro trabajan por un futuro de espiritualidad absoluta y pura; mas, para esto, vuelven al pasado, sojuzgan la necesidad natural con las técnicas positiva o dialéctica y ofrecen un imperio al hombre que, para nuestro desconsuelo, no es sino un presente de repetición monótona e interminable. En busca del tiempo perdido de la humanidad —estado eterno de inocencia y alegría— vienen a dar por sus pasos a un jardín adánico: la Filosofía de la Historia o la Sociología.

El resorte sentimental de estas empresas ideológicas y la conciencia de un extravío —caída del hombre fuera de su libertad original— que ha de ser recuperado con técnicas intelectuales, constituyen la experiencia humana fundamental que sirve de apoyo a la teoría que aspira a ser Naturaleza, Historia y Filosofía en unidad insuperable.

Ciencia, Filosofía, Metafísica de la Historia o de la vida, de fines del siglo XIX en adelante, se esfuerzan por conquistar un nivel de experiencia común a la Naturaleza y al espíritu que quede por debajo del mismo hombre para situar a éste fuera de la escena, en posición de espectador. Se trata de recuperar en la conciencia intelectual toda la curva del movimiento histórico en un plano más bajo y profundo que la misma razón, por sentir a ésta com-

prometida y parcial a cada momento del proceso.

Este propósito es común a los diversos senderos filosóficos recorridos hasta el presente: desde una teoría del conocimiento por la Historia, que traspasa a ésta el sentido de la legalidad de la Naturaleza; al de un pensamiento que organiza los momentos históricos como obras de arte, sobre la base de la intuición estética; hasta las doctrinas, por una serie de matices intermedios, que escogen su punto de partida en la experiencia de la conducta humana, donde entran, con signos humanos y contrarios, al pragmatismo y la filosofía de la angustia vital.

Con presencia de estos datos sumarísimos hemos llegado en este ensayo, por último, al punto de esclarecer la alta y lisa escarpa de una azorante pregunta: ¿Hay alguna esperanza para el hombre en esta Filosofía?

A esta interrogación viene de inmediato una duda al espíritu, que nos llena de inquietud y temor al considerar el programa del historicismo. Sentimos que la tierra prometida de libertad y de inocencia humanas, que ha inspirado mesiánicamente esta persecución del hombre por el hombre a través de la historia, se desvanece en lo más remoto del pasado.

Resulta paradójico pero parece ser inevitable que mientras más se recoge el hombre a los aposentos interiores y más ocultos de la conciencia, el inmediato presente, que ya no el futuro, pierden toda eficacia inspiradora y la ola histórica que viene del pretérito palpita a nuestros pies con una levísima ondulación impalpable.

Cuando se trata de la reducción fenomenológica, de la contracción existencial o de la conciencia viviente, como operaciones que sostienen y recuperan el sentido de las cosas y de la vida humana, se practica un acto de desdoblamiento del presente y del futuro de la experiencia a un estado inmóvil de la conciencia, que cubre la totalidad de su desenvolvimiento y se cierra sobre sí mismo, suficiente y absoluto. Aunque se pretenda evadir el reproche de so-

lipsismo, insertando en el principio de la serie un momento de naturaleza (estado de conciencia) que es, a la vez, un concepto; este principio queda fuera de la serie y resulta ciego, angustiado e incapaz para poner en marcha el proceso.

Un instante que queda por fuera de la experiencia efectiva absorbe el desarrollo de toda la conciencia, de donde resulta que todo significado de la realidad y la misma vida humana reciben una propulsión retrógrada hacia el pasado, a un paraíso perdido y sin camino de redención.

Como si el ideal de esta conciencia filosófica fuera despojar al hombre de voz, visiones, actos, retraerle a la desnuda existencia original; desvelar la luz misma en la negrura de un latido del ser; regresar a la entraña materna y desnacer la vida y el mundo. Sólo un sentimiento de angustia, de caos y de horror es capaz de engendrar esta dolorosa e impotente nostalgia. Porque, en verdad, parece mejor que una filosofía, nostalgia de la naturaleza, más utópica que las ilusiones de la Razón y recuerda el sueño romántico de Rousseau.

La nostalgia de un mundo perdido de inocencia es una veta melancólica que acompaña a la historia del pensamiento desde muy antiguo. Aun antes de que Platón cerrara el círculo eterno entre la preexistencia y la inmortalidad, la melancolía de la existencia y la profunda atracción de la nada inspiraban los ritos órficos y el pensamiento pitagórico. Se trata, quizá, de ese atavismo de orden superior que llamó Nietzsche a la Filosofía.

No sería del todo inadecuado hacer derivar todas las contradicciones en que incurre esta conciencia filosófica —desvanecimiento de la realidad en un juego del pensamiento, sin criterio de necesidad, y por tanto, de verdad y libertad efectivas —de la identificación entre el acto y el ser, de donde surge la noción de la vida como un haz luminoso que vuelve todos sus rayos al centro de su origen: la luz desaparece y cede el lugar a la negrura impenetra-

ble, el pensamiento se desvanece en angustia, preocupación o nada.

Este tratado retrospectivo del hombre pone la existencia en el principio de los tiempos y la hace culminar en ese mismo instante de eternidad, en tanto que nosotros los hombres ejecutamos números de entretenimiento y diversión para cubrir la pausa del espectáculo.

La desesperanza y la voluntad de aniquilamiento que animan este pensamiento nos pone en la alternativa de escoger entre la necesidad del error y aun la maldad que encierra el futuro, la historia por hacer, pero que guarda una promesa de redención; y esta reconquista del pasado sobre nosotros.

Vivir es término, pero también principio, caída y ascenso, un desequilibrio en tránsito sobre una esperanza. El hombre no está consigo mismo en soledad. Cada quien arriesga su suerte en la de todos comprometiendo su propio destino en los azares de una lucha, en que la victoria estará hecha de la misma luz que la fe y el corazón de los combatientes.

CUADERNOS AMERICANOS. No. 6. Año III.  
México, D. F., noviembre-diciembre de 1944.

## APUNTES SOBRE RAMON LOPEZ VELARDE

Ramón López Velarde no es un poeta que se haya ganado fáciles y numerosos admiradores. Cuesta trabajo alcanzar el nivel emotivo a cuya altura se dejan ver y se escuchan, visiones y palabras de su dramática poesía. Pero una vez que se ha llegado al interior de su mundo poético, mayores fuerzas se necesitan para despedirse y abandonarlo que el trabajo gastado en entrar por el complicado laberinto.

Otro hecho evidente es que su poesía no deja acceso sino por las secretas e íntimas reacciones de la sensibilidad mexicana. Así se explica que fuera de México nuestro poeta alcance muy limitada adhesión. Aún dentro de nuestro país, se impone sólo a quienes han sometido el tacto y la percepción visual, largamente, a nuestro clima físico e histórico.

La correspondencia entre la sensibilidad vital de un temperamento tan mexicano, como el de López Velarde y los extremos de su poesía, sigue estando, a pesar de reiterados intentos para esclarecerla, por lo menos en la penumbra de un vago misterio, si no es que en las profundas oscuridades de la incompreensión.

Se han ensayado varias fórmulas de interpretación de López Velarde. A casi todas ellas les pertenece en común buscar la nota más significativa del poeta en una oposición de caracteres vitales, en un conflicto entre intenciones opuestas: provinciano y nacionalista, religioso y erótico, católico y pagano, más otras por el estilo.

Esta insistencia en señalar una lucha, un duelo de virtudes como raíz vital de su esencia poética, contiene una leve sospecha del drama y de la pasión en que coinciden la poesía de aquél y la verdad de México.

Otros poetas podrán tener una obra más cabal, amplia y diversa pero en ninguno de los nuestros se halla mayor acento dramático. No seguramente en el conteni-